

## EL DARWINISMO Y SU INFLUJO EN PORTUGAL

JUAN RIERA PALMERO

Darwin em Portugal. Filosofia. Historia. Engenharia Social (1865-1914)

Ana Leonor Dias Conceição Pereira

Coimbra. Lib. Almedina, 2001, 269 páginas con ilustraciones

ISBN: 972-40.1612-9

El presente volumen ha sido editado bajo el patrocinio del «Instituto Português do Livro e das Bibliotecas», organismo dependiente del Ministerio de Cultura. Constituye un amplia y minuciosa aportación al conocimiento de la difusión del evolucionismo darwinista en Portugal, sobre todo en el campo del pensamiento filosófico, histórico y social. Es sin disputa un trabajo de enorme interés que nos acerca al pasado de la ciencia, cultura y pensamiento luso en el periodo contemporáneo, entre 1865 y 1914, fechas que enmarcan el cuadro de la historia de Portugal.

Charles Robert Darwin ocupa un lugar de primer orden en la historia del evolucionismo. Su mérito principal radica en la fortuna de haber sido capaz de superar en un cuerpo doctrinal sistematizado y coherente las deficiencias de sus precursores, dando formulación científica a la doctrina de la evolución. Todas las versiones de la evolución, anteriores a 1859, ofrecían dos graves manquedades: en primer término se habían mostrado incapaces de establecer un cuerpo doctrinal y científico en el que quedase claramente demostrada la evolución, y en segundo lugar no habían podido formular una hipótesis verificable de cómo había sucedido la evolución. El genial atisbo darwiniano consistió en realizar ambas cosas con relación a la evolución orgánica.

Aunque el darwinismo tiene una gran deuda con la obra de Malthus sobre la población y con Lyell y Wallace, lo más importante que hizo Darwin fue emitir una teoría evolucionista capaz de ser probada y que reunía evidencias y observaciones que la sustentaban. El método darwinista fue en esencia la inducción científica como su mismo autor confiesa. Su *Origen de las especies* debe considerarse como una larga argumentación, en la cual se pueden encontrar no sólo observaciones, sino hipótesis y deducciones científicas. Los atisbos y la labor que venían realizando sus precursores, durante el siglo XVIII y primeras décadas del *Ochocientos*, cobraron nueva dimensión y clara explicación cuando Darwin, con genial empeño, ofreció una nueva luz al valorar y formular los hechos según la teoría de la evolución.

Uno de los méritos más brillantes de Darwin fue su enorme sagacidad al hacer compatibles, en armoniosa síntesis, doctrinas aparentemente enfrentadas. Darwin fue capaz de armonizar los hechos científicos defendidos por Cuvier y Von Baer, de una parte, con lo que parecía imposible, es decir, con las doctrinas de Lamarck, enemigo de aquéllos. Darwin pudo conciliar los hallazgos de la embriología y anatomía comparada

con la doctrina del transformismo de Lamarck, y cuyo fruto fue la aparición de un libro que marcaría una huella definitiva en la historia de la Ciencia: el *Origen de las especies*.

Darwin demostró que las especies cambian de forma gradual y ordenada, bajo el influjo de causas naturales, para lo cual empleó el principio uniformista con el que Lyell había hecho de la Geología una ciencia. El darwinismo tuvo un impacto revolucionario muy superior al de Galileo Galilei y sólo en parte comparable a Newton. Destruyó el temor de los científicos a discrepar de la historia sagrada, y sus concepciones científicas, libres de prejuicios teológicos, reafirmaron de forma clara que el mundo de los seres vivos puede ser explicado en términos naturales, como los geólogos y físicos habían hecho con la realidad física.

Las leyes o enunciados más importantes que resumen la teoría del darwinismo clásico se refieren al carácter gradual de la evolución, a través de la selección natural y la lucha por la existencia de las especies entre sí, mediante el proceso de la adaptación al medio. Todas las especies orgánicas —según Darwin— descienden, mediante un proceso gradual de cambios y modificaciones, de un número pequeño de especies muy diferentes en un pasado remoto. En segundo término el factor de la viabilidad de las especies se debe a la selección natural sobre las poblaciones y organismos. Las modificaciones hereditarias, a través de la lucha por la existencia, determinarían la distinta supervivencia de unas u otras especies. Las condiciones del medio motivarían la adaptación de los organismos, sobreviviendo los mejor adaptados y extinguiéndose las especies escasamente o poco adaptadas.

Estas proposiciones con abundante material de observación fueron presentadas por Darwin para confirmar sus asertos, y constituyen la aportación más destacada del *Origen de las especies*. El darwinismo fue en sus comienzos una doctrina científica o una hipótesis con sus hechos de observación que pretendía explicar y dar razón del proceso evolutivo. Sin quererlo su autor desató una agria polémica, la más grave en la Historia de la Ciencia europea en el siglo XIX, que rebasó con creces los límites de la discusión académica o científica. En un sentido amplio el darwinismo, como doctrina, suscitó una enconada polémica, entre los medios creyentes y conservadores, que consideraban las doctrinas de Darwin incompatibles con la fe cristiana, y los partidarios del darwinismo, entre los cuales se alinearon junto a los geólogos, zoólogos y naturalistas, los ideólogos radicales y el progresismo revolucionario del siglo XIX. El alcance social y el éxito de los libros y doctrinas de Darwin sólo es comparable al que en su día alcanzaron Sigmund Freud, Carlos Marx o Albert Einstein.

El éxito del *Origen de las especies*, de Darwin, radicaba en su capacidad de sugestión, al señalar que, en las ciencias de la vida, los fenómenos pueden explicarse mostrando su origen y desarrollo histórico. La idea central del darwinismo clásico era la selección natural, mediante la cual explicaba, influido por Malthus, el crecimiento de las poblaciones en proporción geométrica, y de los medios de subsistencia, en cambio,

aritméticamente, de donde resultaba la lucha por la existencia, entre las especies y los individuos entre sí; de cuyo enfrentamiento sobrevivían los más aptos. Darwin introdujo de este modo nuevos rasgos metodológicos en Biología, como son los conceptos *estadísticos* y de *población* que influyeron en la ciencia posterior. Las explicaciones del darwinismo consideraban el proceso evolutivo como el resultado de la conjunción de hechos azarosos y sucesos ordenados. Aunque la evolución no mostraba un fin previamente establecido, ni seguía un diseño prefijado, mostraba un sentido y parecía esconder un significado. Este fue el darwinismo llamado clásico, es decir, un conjunto de doctrinas elaboradas por el propio Darwin sobre la evolución. Con posterioridad se ha modificado con nuevos argumentos, dando lugar al darwinismo genético o neodarwinismo.

Las ideas darwinianas se difundieron muy pronto en todos los campos de las Ciencias Humanas. Los libros dedicados a las Ciencias Sociales, por ejemplo, se impregnaron de un intenso evolucionismo. Enorme impacto causó sobre la concepción del hombre. El origen de la humanidad, según la doctrina de los primeros padres relatada en el *Génesis*, parecía hallarse en abierta contradicción con la hipótesis evolutiva. T.H. Huxley desarrolló el estudio de las implicaciones del darwinismo con los rasgos somáticos en su obra *El lugar del hombre en la Naturaleza* (1863), Darwin en cambio insistió especialmente en sus doctrinas con relación a los rasgos mentales, morales y sociales (*La descendencia del hombre*, 1871). Una vez más no fue tanto la novedad de las ideas como los argumentos aducidos y sus repercusiones y consecuencias lógicas que implicaban lo que provocó el escándalo entre los creyentes. Las teorías darwinianas motivaron por ello una enorme y prolongada oposición teológica y popular, no sólo en Inglaterra, sino en otros países confesionales como Francia y España. La jerarquía eclesiástica rechazó de plano la conclusión de que la mente humana era un producto evolutivo. Algunos seguidores incluso, se resistieron a aceptar tales términos, por ejemplo, Huxley llegó a sostener que existía una contradicción entre el comportamiento ético y los valores morales de una parte, y de otro los postulados de la evolución. Los conservadores victorianos del Reino Unido consideraron la doctrina de la selección natural como un ataque a la Iglesia y al Poder constituido.

A pesar de la polémica el darwinismo ganó adeptos entre los cultivadores de las Ciencias Sociales, y el término *evolución* empezó a aparecer entre los libros y títulos consagrados a la Antropología, Psicología, Sociología, Historia, etc. El Arte, la Literatura y la Historia de las Ideas se impregnaron de los supuestos y formulaciones darwinistas. Una vertiente fue el darwinismo social, término con el que se ha designado la ideología político-social que ha apoyado sus ideas en los argumentos de la evolución orgánica de Darwin, con algunos elementos obtenidos del evolucionismo de Spencer. La doctrina de la selección natural y la lucha por la existencia se hallaba en consonancia con el principio de libre mercado y la competencia abierta del liberalismo económico. Por ello una obra científica como el *Origen de las especies* dio lugar a una lucha apasionada entre los partidarios del socialismo y los situados en el sistema capitalista de *laissez-faire*. Uno de los máximos teóricos del darwinismo social fue William

Graham Sunner (1840-1910), claro defensor de dicha doctrina. Según su ideario, la competencia y la lucha por la existencia se hallaban acordes con la primera proposición del darwinismo. Por ello, la libertad y la desigualdad social eran garantía de progreso de los mejores y más dotados miembros de la sociedad. Es evidente que utilizaban con claro acento *ideológico* un argumento científico para apoyar su situación de privilegio. Para el darwinismo social, en cambio, la igualdad y la no libertad favorecería a los individuos peor dotados y significaría un retroceso. Mitigar o modificar la libertad y competencia del mercado era ir contra la naturaleza y el progreso. Tal doctrina se utilizó frente a las reivindicaciones de las clases trabajadoras y contra el intervencionismo estatal y el poder sindical.

El evolucionismo darwinista y el transformismo de Lamarck encontraron cumplido eco en la creación literaria. Hombres de letras, pensadores y ensayistas, como Samuel Butler, Federico Nietzsche y Jorge Bernard Shaw, mostraron influjos del evolucionismo a través de sus obras literarias.

Las anteriores referencias son básicas para entender la novedad del estudio de la profesora Ana Leonor Pereira, docente de la Facultad de Letras de la Universidad de Coimbra, vinculada al activo grupo de trabajo del CEIS 20 (Centro de Estudios Interdisciplinarios del Siglo XX) en esta universidad portuguesa. El volumen, de cuya reseña nos ocupamos, merece, por la densidad del esfuerzo y la importancia del tema, un comentario detenido. Es asimismo de enorme interés conocer y difundir la labor de este grupo, uno de los más activos en el panorama de la historiografía de la cultura y ciencia portuguesa del período contemporáneo.

La obra en sí, tras un breve prefacio, aborda en primer lugar el darwinismo y su impacto en la ciencia y el pensamiento contemporáneos, tras lo cual se ocupa, a lo largo de tres partes del influjo de la teoría de Ch. Darwin en estos campos: la filosofía, la historia y la sociología portuguesas del periodo sometido a rememoración. El trabajo de la profesora Ana Leonor Pereira es el resultado de su memoria doctoral, presentada en la Universidad de Coimbra en 1998, y cuya publicación se demoró hasta el pasado año 2001.

A lo largo de la introducción, la autora se ocupa del marco histórico del darwinismo ochocentista y sus secuaces, entre otras, las contribuciones y el significado en la historia del evolucionismo filosófico, con E. Haeckel a la cabeza, la conmemoración portuguesa en 1882 del fallecimiento de Ch. Darwin, y de nuevo en 1909 con motivo del primer centenario del biólogo inglés antes citado. En resumen, puede afirmarse que la obra de la Dra. Pereira contiene un denso material de notas, referencias, citas y noticias que, además de aportar una cuidada información, responden a una ordenada exposición, coherente, de fácil lectura y de enorme calado científico. Mención especial merecen las referencias a las fuentes manuscritas consultadas, su aportación bibliográfica y las obras de referencia incorporadas al final del libro. Es de interés resaltar, para la historia del

darwinismo en la Península Ibérica, las citas puntuales y anotaciones sobre las fuentes y manuscritos localizados, manejados en las Bibliotecas y Archivos, no sólo de Coimbra, sino de Lisboa y Oporto, entre las cuales figuran traducciones inéditas al portugués de algunos textos de Darwin. Sin que podamos enumerar este valioso material, sirva de ejemplo el epistolario del archivo de Julio de Matos conservado en el Museo Lemos (Maximiliano Lemos, historiador de la Medicina en Oporto), que corresponde al periodo entre 1911 a 1920.

Más de sesenta páginas impresas hacen acopio de una exhaustiva bibliografía, materiales que fueron recogidos tras una intensa revisión y vaciado de impresos y publicaciones periódicas. Esta razón explica que el trabajo, además de contribuir al conocimiento de Darwin en Portugal, reúna una gavilla de hechos y noticias sobre figuras señeras de la cultura portuguesa del periodo contemporáneo, como Francisco José Teixidor Bastos o Teófilo Braga, y por supuesto del médico y político, defensor del evolucionismo, como fue el padre de la República de Portugal, Miguel Bombarda. El trabajo de la profesora Ana Leonor Pereira ofrece asimismo un aliciente nuevo, se trata de la cercanía y el escaso conocimiento que, entre los cultivadores de la Historia de la Ciencia en España, se tiene de las líneas de pensamiento portugués. La lectura del presente libro, por sí solo, creo que servirá para desvanecer algunos prejuicios, y suscitar un necesario y beneficioso estímulo de acercamiento mutuo.

El evolucionismo filosófico es motivo de estudio en la primera parte de la obra que venimos reseñando. En primer lugar se aborda el darwinismo en la obra del filósofo-poeta Antero de Quental. Este pensador representa la transición de la filosofía hacia el positivismo en el vecino país. En Portugal la transición se operó unos decenios antes que en España, así en aquél se cita el decenio de los años 1860 cuando el positivismo comtiano inicia su andadura en Portugal. El proyecto de Quental, como refiere la doctora Pereira, fue mantener una actitud conciliadora y ecléctica, entre ciencia y filosofía. Es decir entre la especulación metafísica y la ciencia experimental. El pensamiento quentaliano refiere como *sin metafísica no hay filosofía*, pero añade también, como *sin ciencia no hay filosofía*.

El ejemplo más evidente de Antero de Quental lo encontró en la idea darwinista, a su juicio, clave para el trabajo del filósofo. Aunque establece las diferencias entre filosofía y evolucionismo, su obra está influida, de lleno, tanto por Herbert Spencer como por Ernst Haeckel. Especial comentario merece el análisis de una de las obras capitales de Antero, las *Tendências gerais da filosofia na segunda metade do século XIX*, a lo largo de la cual se olvida de la metafísica poskantiana, y se consagra a poner de relieve el influjo del evolucionismo en el pensamiento filosófico contemporáneo. La profesora Ana Leonor Pereira demuestra la originalidad de Antero de Quental, figura que en estas fechas no tiene parangón en el ámbito de la filosofía española.

La segunda parte de la obra, que venimos reseñando, centra su interés en el influjo darwinista en las concepciones historiológicas de Teófilo Braga, entre cuya labor merece citarse la *História Universal: Esboço de Sociologia descritiva* (1878-1882, 2 vols.), texto en el que se dan cita el positivismo comtiano y el darwinismo. En este sentido la historia como devenir queda *biologizada*, y el acontecer humano depende en buena posibilidad de construir una teoría racial o étnica de la Historia. Así la historia de los pueblos y civilizaciones podría explicarse partiendo de los principios darwinistas. Dos principios, como la *lucha por la existencia* y la *selección biológica* de las razas más aptas, permiten, en opinión de Teófilo Braga, explicar la historia. Estos principios los aplicó al caso portugués, de forma que la Historia de Portugal puede entenderse desde el *elemento ibérico-lusitano*. Sus consideraciones le llevan a sostener que este *elemento* sobrevivió a la romanización y las invasiones posteriores, tanto los visigodos como el Islam. Este elemento ibérico-lusitano sería *recurrente*, o *recorrência* para utilizar el término braguiano. A la postre, Portugal, según refiere, se identificaría con el que denomina *tipo luso*. Al margen de la distancia temporal y de mentalidad que nos separan de Teófilo Braga, sería de interés rastrear estos enfoques en algunos pensadores y ensayistas españoles del primer tercio del siglo XX, entre los cuales figura Ramiro de Maeztu. Convendría recordar que tales elementos son sospechosos de ideas que llegaron a influir en determinadas concepciones políticas anteriores a la Guerra de Europa de 1939-1945.

A cuanto se refiere por la profesora Ana Leonor Pereira, en este sugerente volumen, se suma el estudio de las tesis racistas recogidas en la obra de Julio Vilhena, quien postula frente al *iberismo* una tesis *mozarabista*, en la interpretación de la historia portuguesa, que postulan Correia Barata y Oliveira Martins. Es de agradecer que la Dra. Pereira analice con pormenor y minucia las concepciones antropológicas y sociales de José d'Oliveira Martins, de hondo calado darwinista y haeckeliano. Oliveira Martins trató de abordar la historia de la civilización ibérica con las anteriores premisas. En esta esfera debe inscribirse la idea de *raça portuguesa* que propugna Ramalho Ortigaô, autor que llega a afirmar que la decadencia de Portugal desde el siglo XVI es una confirmación de las teorías darwinistas. En última instancia, figura el estudio de la obra de Augusto Coelho quien consideró la historia como capítulo de la biología. El devenir de la historia de los pueblos, como el caso de Portugal, depende del medio y de la lucha por la existencia entre las diferentes civilizaciones.

La última y tercera parte de la obra, que venimos reseñando, aborda una cuestión de no menos interés, como es el influjo de Darwin en la sociología e ingeniería social en Portugal. El autor estudiado por la profesora Pereira es la figura y la obra de Teófilo Braga, y el modelo psico-sociológico de Julio de Matos. Los capítulos abordan la espinosa tarea de dilucidar la relación entre el anarquismo de Matos y el darwinismo, relación que se dio en otros países, como es el caso español. El estudio de ambos autores acaba desembocando, en última instancia, en el análisis de las ideas *racistas* y eugenésicas en Portugal, fenómeno que compartió buena parte de nuestro entorno finisecular. La sociología de Teófilo Braga, más bien podría calificarse de

*sociología biológica*, se asienta en tres principios darwinistas: la lucha por la existencia, las variaciones y la selección natural. Positivista y darwinista al mismo tiempo, destaca su obra *Traços geraes de philosophia positiva* (1877), donde fundamenta su sociología. Asimismo son patentes las constantes referencias que la doctora Pereira evidencia al malthusianismo en la obra de Braga.

En esta línea de pensamiento, pero quizá con mayor elaboración doctrinal, la autora pasa revista a la psicociología de Julio de Matos. Merece citarse su *Historia natural ilustrada* (1880), donde, a pesar de sus cautelas, se establece el paralelismo y las hondas afinidades en la especie humana y los antropoides superiores. En menor medida, se analiza la obra de otros autores portugueses con marcado influjo evolucionista, entre los cuales figuran João de Campos Lima, Manuel Jose d'Oliveira y Agelo Vaz. En resumen, y como conclusión final, el volumen de la profesora Ana Leonor Pereira es no sólo imprescindible para conocer el pensamiento y la cultura portuguesa contemporánea, aún más es de consulta obligada en la historia del darwinismo peninsular.